

# REFLEXIONS

## La escritura biográfica

*Elena Hernández Sandoica*

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**L**a *biografía* viene atravesando desde hace unas décadas una etapa de inesperada prosperidad –eso al menos venimos diciendo. Y ello implica significados diferentes en la historiografía, cambios de orientación y de fundamento que los historiadores nos vemos obligados a recoger y a explicar. “*La era de la biografía está aquí, a nuestro lado*”, decía a principios de 1993 el crítico G. Bowker en el suplemento del *Times* para la educación superior, recogiendo el sentir de una cualificada minoría y dando cuenta de recientes aportaciones en esa dirección. La sorpresa general se hace más acusada cuando ponemos el punto de mira en el marco o contexto de la *historia social*, cuyos enfoques parecían haberse alzado definitivamente con la primacía en décadas precedentes, mostrando el triunfo de lo colectivo sobre lo individual.

Ésta es la situación en que, vistas las cosas desde España –y muy marcada la discusión por los debates franceses<sup>1</sup> de los años ochenta del

---

<sup>1</sup> A. MORALES MOYA, “En torno al auge de la biografía”, *Revista de Occidente*

siglo XX-, se ha entendido la vuelta de la biografía a nuestro oficio: como una elección temática y metodológica, no solo recomendable y bien legítima, sino central, completamente digna y adecuada para instalarse en el eje de los registros de la historia como disciplina, como modo de conocimiento con su particular naturaleza epistemológica.<sup>2</sup>

A la floración tradicional de relatos biográficos más o menos cuidados (sobre artistas y científicos, filósofos y novelistas, reyes y personajes), a veces aún con resabios hagiográficos, hay que añadir el notable incremento de las biografías de políticos y personajes públicos – muchas veces mujeres-, en un caudal que aumenta cada día y que conforma a veces una escritura cercana a la novela, al borde de la literatura de ficción<sup>3</sup>. El público lector de unos y de otros textos suele ser casi el mismo; los alterna y combina con frecuencia. Y, ciertamente, a pesar del reclamo editorial que en las contraportadas o reseñas busca fijar los límites entre “literatura” y “verdad” (*verdad* histórica frente a ficción), sus estrategias retóricas muestran más de una vez labilidad, contactos y transferencias en doble dirección, desde una a otra: de Javier Cercas a Martínez Reverte –por decirlo brevísimamente para el caso español-, pasando por Martínez de Pisón, nos encontramos otra vez frente a un reto que nos devuelve a los historiadores hasta el momento mismo en que la historia profesional dejó el camino libre a la novela histórica para que ésta reconstruyera, a su manera, lo que ella no habría de poder. Es decir, nos lleva hasta los orígenes de aquel divorcio, con el historicismo como bandera, que abandonó el terreno, para hablar de lo humano libremente, a los seguidores de Walter Scott.

El incremento de títulos biográficos incide en la actualidad directamente en el auge del consumo, al ser mayor la disponibilidad de títulos y su visibilidad en librerías o quioscos de prensa. La frecuencia y el

---

74/75 (Madrid 1987), pp. 61-76; “Biografía y narración en la historiografía actual”, en M. MONTANARI, y otros, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pp. 229-257.

<sup>2</sup> Entre los textos colectivos más recientes, R. SERRANO GARCÍA (coord.), *Figuras de la Gloriosa (Aproximación biográfica al Sexenio democrático)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006, y J. MORENO LUZÓN (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles, 1808-1939*, Madrid, Taurus, 2006.

<sup>3</sup> E. COLWILL, “Subjectivity, Self-Representation and the Revealing Twitches of Biography”, *French Historical Studies* 24/3 (2001), pp. 421-437.

ritmo de la aparición de biografías han aumentado en los últimos tiempos tanto aquí como allá, activados sin duda por estrategias de tipo comercial. Donde quiera que vean la luz las nuevas biografías –con independencia de sus protagonistas, hombres o mujeres, antiguos o modernos-, los títulos favorecidos por la publicidad y la crítica aspiran a convertirse en *best-sellers*; y a veces lo logran. En un marco como el español, la nueva situación ha causado sorpresa, aunque aún no un debate en profundidad. Lo que aquí trato de sugerir es que no parece pertinente privilegiar las razones ligadas al consumo.

Recordaremos así, primero, que en los países de habla inglesa (cuyas tradiciones historiográficas no privilegian en exceso la historia social, sino que la contienen dentro de un marco amplio, y con preocupaciones estilísticas menos estructurales o sociologizantes que otras escuelas o tradiciones nacionales), el liberalismo, como trasfondo cultural o contexto ideológico, y el individualismo metodológico, como estrategia discursiva, nunca dejaron de producir sus frutos, a veces muy notables<sup>4</sup>. De manera que un número muy alto de biografías, un flujo continuado de relatos sobre la vida y la obra de autores, bien fueran científicos, artistas o políticos, en un abanico amplio de personajes variados, nunca había dejado de existir y de ser aplaudido por un público lector muy heterogéneo, independientemente de que unos u otros títulos merecieran más o menos aprecio en sí mismos por su calidad historiográfica o literaria.

Arraigó aquel flujo, es bien sabido, en la tradición humanista de la cultura que imperó en los países anglosajones y remite, en definitiva, a la formación de las elites en la tradición clásica y a su entronque posterior con recursos mediáticos de uniformación de la cultura popular. Como un subgénero de la historia (*vidas ejemplares* se le llamó), había nacido, efectivamente, la biografía en la Antigüedad clásica, con una motivación política del todo explícita –incluso “partidista” sin disimulo-, al incrustarse en las luchas políticas y la pugna constante de las facciones por el poder. Trataba de despertar entre los jóvenes patricios la emulación de héroes y sabios, los *filósofos*, bajo la guía de un preceptor que se afanaba en exaltar

---

<sup>4</sup> I. BURDIEL, “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en I. BURDIEL y M. PÉREZ LEDESMA (eds.) *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-47.

su carácter modelo y ejemplar. Era un esfuerzo por inculcar valores que, a su vez, la Edad Media trasladará después, en pautas estilizadas –menos realistas– a las vidas de santos y de reyes, que serán leídas también por las mujeres.

La revitalización renacentista del clasicismo dará un nuevo empuje a la corriente biográfica, incorporándole esta vez otros motivos de interés profano y de curiosidad, particularidades que no son ya estrictamente moralizantes, pero que tampoco rehuyen cumplir esa misión. Una atenta y minuciosa prospección de las vidas de ciertos pintores y escritores se instala así en el Renacimiento, con Vasari, en una trayectoria orientada a conocer mejor los resortes del genio, las claves de la innovación artística y científica, los efectos estéticos del riesgo y la aventura personal. Una corriente que se aplica a indagar en la excepcionalidad de la obra artística y en el carácter particular, irreductible, de seres humanos que se muestran algo más que especiales, dignos de admiración en su rareza excelsa. La heterodoxia del comportamiento personal cabrá también, entonces, en esa atención hacia lo extraordinario, aunque complacerse en ella no sea precisamente el objeto principal. El periodo romántico, a su vez, ya bastante más tarde, apostará por exaltar la subjetividad rescatando lo heroico y su simbología, poniéndolo al servicio de la cultura “nacional” y el Estado liberal-burgués, preparando el camino para lo que, inmediatamente, constituirá el despliegue –ya bajo pautas del positivismo y la historia “metódica”– de un caudal infinito de “vidas ejemplares”. *Vidas* que los biógrafos y divulgadores van a buscar (y encuentran) en los circuitos de la filosofía y de la ciencia, de la música y la literatura y, cómo no, también de las artes plásticas. La historia de la física, en especial<sup>5</sup>, nutrirá de incitaciones constantes al biógrafo en su dimensión moralizante y ejemplar.

Las biografías constituyeron así una aportación constante y sistemática al *corpus* fragmentario de narraciones múltiples, de reconstrucciones del pasado no cohesionadas y desiguales, que fue específico del historicismo. Un modo de hacer historia, éste, cuya naturaleza parcial e incompleta permite la convivencia de los relatos biográficos articulados según pautas de historia de las ideas y del arte (vida

---

<sup>5</sup> Newton como paradigma, véase por ejemplo J. GLEICK, *Isaac Newton*, Barcelona, RBA, 2005.

y sistema filosófico; vida y descubrimiento científico; vida y obra artística) con tipos de narración más abiertos o generalizadores; en cualquier caso, relatos siempre inspirados en la creencia firme en el progreso, a la vez que en la contingencia y el azar. La *serendipia* (el hallazgo impensado o el descubrimiento por casualidad), incluso, constituye en las biografías de científicos un decisivo anclaje, pues se aprovechará lo accidental para hacer de los descubrimientos –en física o en química, en medicina o en biología– el merecido premio a la constancia y al esfuerzo. Se privilegia el genio<sup>6</sup>, en cualquier caso.

El gusto clasicista por el pasado y sus corolarios prácticos alimentan, por tanto, la biografía como género, en unas relaciones con la historia que, sin embargo, no pueden considerarse lineales ni han dejado hasta hoy de cuestionarse. No extraña, sin embargo, que los clásicos romanos, en toda su diversidad, hayan seguido constituyendo un modelo a lo largo de siglos, al mismo tiempo que la expansión y arraigo universales del individualismo liberal fuera exaltando el potencial introspectivo de la lectura y el gusto por mirar, no solo dentro de uno mismo, sino, también, dentro de los demás. El conocer cómo actuaron otros, de qué manera resolvieron sus cuitas y cómo hubieron de optar por una u otra alternativa, se fue expandiendo como una especie de “necesidad” para la construcción del individuo. La biografía, con la autobiografía –como se ha repetido tantas veces–, es creación de la *modernidad*, sin que decir tal cosa implique nueva planta de manera absoluta, o se sugiera que se encuentran ausentes ese tipo de escritos donde el proceso fue más tardío o irregular.<sup>7</sup>

Más tarde o más temprano, las fuentes biográficas (con frecuencia primero también autobiográficas: *memorias*, *diarios*, *correspondencias*, *notas* y *recuerdos* diversos) irán llevando a los autores poco a poco –y al lector, de su mano– hacia tipos de escritos directamente abiertos a los registros de la subjetividad y la autorreflexión. En su particular e influyente consideración de la relación entre lo individual y lo colectivo, entre lo psicológico y lo material, Dilthey consideró la biografía y la autobiografía,

---

<sup>6</sup> Reciente la conmemoración del “año Mozart”, elijo entre las traducciones al castellano la obra de P. Gay, en Mondadori.

<sup>7</sup> M. PHILIPS, “Histories, Micro- and Literary: Problems of Genre and Distance”, *New Literary History* 34/2 (2003), pp. 211-229.

respectivamente, como principio y fin de las ciencias humanas. Carlyle creyó, por su parte, que la historia estaba constituida por “la esencia” de innumerables biografías.

La reflexión sobre la *experiencia de la vida* (ya sea a través de un observador -el biógrafo- o bien de manera personal, auto-refleja) seguirá a partir de ahí rutas diversas según las pautas culturales concretas que, en cada caso, siga el despliegue de la modernidad; un proceso sociocultural que no es lineal y una construcción colectiva compleja.

Como estrategia discursiva y parte integrante de la socialización de valores, la biografía no se halla casi nunca desprovista de una carga moral (puede decirse que, prácticamente, no podría estarlo). Desplegada desde lo placentero hasta lo más inmediatamente instrumental, constituye un tipo de escritura de historia edificante, que realza valores o que los combate, aunque de manera sutil e invisible. La formación del “yo” –el *individuo* o sujeto moderno- como un hecho de cultura occidental, tiene en la biografía un instrumento útil y eficaz, una fuente de alimentación constante y renovada. Ofrece *modelos* a los lectores, patrones de comportamiento más o menos firmes, renglones a seguir o a despreciar.

En las perspectivas constructivistas e interaccionistas, cuando el biógrafo opta por explorar con detenimiento las marcas de cruce o de condensación entre el contexto social y cultural y la experiencia procesada por la subjetividad, también están presentes aquellas mismas pautas educativas.<sup>8</sup> “*Hay una sola sociedad –se escribía a principios de la década de 1990-, que cada individuo construye para sí mismo, o sí misma... Cada persona entonces, al menos en parte, vive en una sociedad diferente.*”<sup>9</sup> Hoy, lo que tiende a exhibirse en las biografías es el hecho de que la psicología humana no es una constante inalterable y universal, que no constituye una base “fija” para interpretar, con cierto margen de seguridad, la actividad

---

<sup>8</sup> T. SÖDERQVIST, “Existential projects and existential choice in science: science biography as an edifying genre”, en M. SHORTLAND and R. YEO (eds.) *Telling Lives in Science. Essays on Scientific Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 45-84.

<sup>9</sup> L.P. WILLIAMS, “The life of science and scientific lives”, *Physics* 28 (1991), pp. 199-213.

humana. Ello no resta necesariamente fuerza moral al comportamiento. Sería un *aspecto básico de toda situación social*, un dato inexcusable a someter a aquella “explicación” que, de manera ajustada, solo nos proporciona cada particular contexto histórico.<sup>10</sup>

Reparar en el momento mismo en que vivimos acaso ayude a valorar la intensidad de esta relación estrecha. Podría ser que los modelos que ahora nos son propuestos nos parezcan triviales y vulgares más de una vez, por ser tan parecidas nuestras propias experiencias a las que se narran en ellos. Si hoy interesan vidas poco atractivas en un sentido heroico (y cuya coherencia moral, además, no siempre gratifica), ello podría deberse –se especula a propósito del interés reciente por Gide o Thomas Mann- a que, precisamente, es su falta de interés especial lo que las acerca a nuestra propia experiencia y nos las hace más próximas, al ayudarnos a soportar mejor su intrascendencia. Lo “*inmenso de sus obras*” sería, paradójicamente, “*que en ellas aparece en su más cruda verdad la insignificancia de las vidas normales*”<sup>11</sup>.

Por otra parte, hay quien opina que las modernas biografías vienen marcadas por una especie de “corrosión del carácter”, una fragmentación del *personaje* (una de las acepciones de *character* en inglés), obediente a aquella dispersión contradictoria en las facetas de la vida personal a que arrastra el proceso de globalización con su rasero uniformador. *Vidas como fragmentos*; incertidumbre acerca del camino y la elección acertados; ése sería el caldo psicosocial en el que la biografía prosperaría, pues aquella percepción –aún inconsciente- se va viendo generalizada. El gusto creciente por las vidas de otros sería, por lo tanto, no una moda, en el sentido más trivial de la palabra, sino una terapia y una ayuda, un bastón.<sup>12</sup>

Es esto lo que revela tal *democratización*, como la que experimentamos en cuanto al tejido de lo vivido, en parte independiente, no

---

<sup>10</sup> Modélico a mi juicio W. POUNDSTONE, *Prisoner's dilemma: John von Neumann, game theory and the puzzle of the bomb*, Cambridge, Anchor Books, 1993.

<sup>11</sup> F. de AZÚA, “De los famosos hombres antiguos”, *El País*, 9 de diciembre de 2004.

<sup>12</sup> Recogiendo biografía y autobiografía a un tiempo, impresiona la *Annual Bibliography of Works about Life Writing*, editado por Phyllis E. WACHTER; y con todo tipo de enfoques multiculturales, *Biography* (University of Hawaii Press), con cuatro números al año, como la primera, y, ambas, publicadas desde hace dos décadas.

sólo ya del interés real de unas vidas u otras, sino también de la propia relación entre vida y obra. Y ahí reside también, a mi modo de ver, la novedad mayor que inspira el auge de la biografía en nuestro tiempo. En la medida en que todo puede ser historiado (*todo*, sin discusión), la biografía deja de ser considerada un entretenimiento popular y un género “menor”, y pasa a ser objeto de la atención profesionalizada, que a esta hora ofrece muchas maneras de indagar en los resquicios de la peripecia vital. Si antes servía como estímulo de vocaciones científicas –los científicos de laboratorio constituían un sector importante de aquel público que gustaba de leer biografías-, a partir de aquellos supuestos igualitarios que hoy domina, la escritura biográfica resistirá mejor, indiscutiblemente, la prueba de la relevancia y la jerarquización. Máxime cuando las biografías de mujeres, cada día más abundantes, han venido a reforzar la tendencia.<sup>13</sup> Por otra parte, campos de la vida profesional o disciplinas antes no explorados, como la economía, absorben igualmente la atención.<sup>14</sup> Sobre todo si acompaña el cine.<sup>15</sup>

La biografía se nos muestra hoy, de esta manera, no ya como un *revival* sino, al contrario, como un reto de futuro inmediato en historiografía, inscrita como está en un viaje de sensibilidad que, progresivamente, nos lleva a muchos de nosotros a considerar el papel cognitivo de la subjetividad y la experiencia.<sup>16</sup>

Se justifica así aquella aseveración, tan común y extendida, de que, incluso en aquellos contextos historiográficos donde se hubo reducido hasta el mínimo la escritura biográfica -como era el caso francés por el impacto fuerte del estructuralismo-, hayan vuelto a resurgir las biografías. Y que, a

---

<sup>13</sup> J. B. MARGADANT (ed.), *The New Biography. Performing Fertility in Nineteenth-Century France*, University of California Press, 2000, y entre nosotros, R. CAPEL (coord.), *Mujeres para la Historia. Figuras destacadas del primer feminismo*, Madrid, Abada, 2004. (Textos de M. Vincent-Cassy, M. Bolufer, B. Taylor, E. Bloch-Dano, J. Howarth, G. Scanlon e I. Alberdi). Y como monografías, la de Isabel Burdiel sobre Isabel II o Susanna Tavera e Irene Lozano, ambas en este caso sobre Federica Montseny.

<sup>14</sup> E. L. FORGET, “A Hunger for Narrative: Writing Lives in the History of Economic Thought”, *History of Political Economy* 34 (2002), pp. 226-244.

<sup>15</sup> Así con el matemático John Nash, por ejemplo, y *A Beautiful Mind*.

<sup>16</sup> Desarrollo este asunto más detenidamente en E. HERNÁNDEZ SANDOICA, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Akal, 2004.



su vez, donde, por el contrario, siempre prosperaron, hayan logrado efectivamente remontar el bache al que, coyunturalmente, las empujó el triunfo temporal de las corrientes generalizadoras. Ese nuevo interés por lo biográfico que ha arraigado en historiografías carentes de tradición biográfica –antes escasamente familiarizadas con el historicismo positivista–, como es la nuestra propia, vino precedido primero por la categoría de *identidad social* inscrita en la biografía llamada “colectiva” (o *prosopografía*), que prosperó sobre todo en las décadas de los 70 y 80. A partir de ahí, la biografía individual va instalándose cómoda entre las preferencias del lector y, lo que es más notable, condiciona de modo positivo la selección temática y metodológica de los propios autores, dispuestos a competir con todo género de biógrafos, vengan de donde vengan.

Ello introduce cambios interesantes en cuanto a la relación entre disciplinas y sus vínculos. La vuelta de la biografía implica, directa o indirectamente, un nuevo interés por la psicología individual, en detrimento de la psicología social y sus derivados. Ya a mediados de la década de 1970, alguien que había dedicado buena parte de su vida a la historia serial y de las *mentalidades*, Georges Duby, declaraba sin ningún empacho que la biografía era “*el género sin duda más difícil*”, pero también el que proporcionaba mayor luz (“*le plus éclairant*”).<sup>17</sup> Y, con ello, daba cuenta del giro drástico a que venimos aquí refiriéndonos, para sorpresa de sus contemporáneos.<sup>18</sup>

Podría suscribirse –quizá ahora más que en el momento mismo en que fue formulada, hace más de una década– la afirmación de Peter Burke de que, en el caso hipotético de que se hallara en marcha un cierto tipo de consenso nuevo para la disciplina, éste podría pasar por la *psicología colectiva*, porque ésta serviría para “*vincular los debates sobre la motivación consciente e inconsciente con los de las explicaciones sobre lo individual y lo colectivo*”<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> G. DUBY y A. CASANOVA, “Histoire sociale et histoire des mentalités” (1974), reproducido en R. CHARTIER, y otros, *La sensibilité dans l’histoire*, Brionne, Gérard Monfort, 1987, p. 51.

<sup>18</sup> C. ARNAUD “Le retour de la biographie: d’un tabou à l’autre”, *Le Débat* 54 (1980), pp. 40-47.

<sup>19</sup> P. BURKE, “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, en P. BURKE (ed.)

Porque la recuperación actual de la biografía en su proyección histórica no procede tan sólo de una quiebra en las tradiciones anteriores de escuela o de un cansancio de los historiadores más inquietos o atentos a la aparición de nuevas modas. Tampoco procede siempre de la conciencia de haber topado con obstáculos o inconvenientes técnicos que, con mayor o menor certeza, no se sabría cómo remontar. Sino que, para entenderla, hay que tener en cuenta qué movimientos más significativos se dan en los procesos contemporáneos de reproducción cultural, y atender a las reelaboraciones de lenguaje que, a su vez, corresponden a fenómenos psicosociales decisivos. La potencia alcanzada por la *imagen* y el *símbolo* en la tecnología de la comunicación ha incidido sin duda en el refuerzo del reconocimiento de la capacidad cognitiva de la fotografía, por ejemplo. A este respecto, se ha dicho alguna vez que el fotógrafo no sólo fotografía, sino que “biografía”, porque “*la verdadera vida está en una imagen ficticia, no en el cuerpo real.*”<sup>20</sup>. De ahí que haya cobrado brío el análisis de los testimonios gráficos y su interpretación, no tratándose ya únicamente de la descripción más o menos somera de los contenidos o de aportar referencias de contexto inmediato.

Lo mismo cabe decir del importante valor heurístico concedido a la evocación de los recuerdos en relación con los objetos personales, con los retazos y rutinas de la vida cotidiana que esos objetos, *nuestros*, llevan consigo indefectiblemente. Línea de indagación y tratamiento psicoterapéuticos –como se sabe–, la evocación forma también la trama básica de una *historia del presente* (o *historia reciente*) que alcanza su cumbre en la expresión absoluta del horror, el Holocausto. Primo Levi, que cruzó su dintel, lo expresa como nadie: “*Pensad cuánto valor, cuánto significado se encierra aún en las más pequeñas de nuestras costumbres cotidianas, en los cien objetos nuestros que el más humilde mendigo posee: un pañuelo, una carta vieja, la foto de una persona querida. Estas cosas son parte de nosotros, casi como miembros de nuestro cuerpo; y es impensable que nos veamos privados de ellas, en nuestro mundo, sin que*

---

*Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1991, p. 34.

<sup>20</sup> R. DEBRAY, *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 24.

*inmediatamente encontremos otras que las sustituyan, otros objetos que son nuestros porque custodian y suscitan nuestros recuerdos*"<sup>21</sup>. Restituirles su sitio, su perdida importancia, ayudará a vivir.

Si es cierto que las biografías aún conservan su fuerza cuando se desvanece la teoría –como escribió Elaine Showalter<sup>22</sup>-, pudiera ser que el vacío dejado por los enfoques teóricos llamados *fuertes* en las ciencias humanas y sociales, por el momento fuera rellenándose con un poso más denso y más antiguo, el del historicismo en sus diversos frentes. En los tiempos recientes, proliferan esquemas de este tipo, en parte instrumentados por la *historia oral*, de la mano amistosa de las *historias de vida* de todo tipo, relatos construidos a partir del testimonio y con una apertura considerable a la fenomenología y su aproximación a la experiencia. Son opciones de análisis complejas, que tienen en la sociología y en la antropología su tradición simbólica original, y que, a la luz de teorías psicológicas y sociolingüísticas cruzadas, recrean el papel de la subjetividad en la cognición y la comunicación.

El impulso *autobiográfico* arranca así también de este punto mismo, como un intento de fijar el carácter fugitivo e inestable de la experiencia humana, su “desfiguramiento” incluso, como quería De Man<sup>23</sup>. Por lo demás, nos recuerda Anna Caballé, en relación a la autobiografía, que “*el deseo de referir y volver sobre la propia vida descansa en el más íntimo centro del ser humano, de tal modo que la imagen ofrecida al lector, siempre inacabada, constituye una amalgama de obras, testimonios, actitudes..., un cosmos, en definitiva, cuyos múltiples órganos se hallan al servicio de dicho centro y han sido formados por él. Después de una vida demasiado plena, o demasiado lúcida, la expresión de ese centro suele brotar con naturalidad, casi como el eco de un murmullo...*”<sup>24</sup> De una tensión pareja vivirá a estas alturas esa atracción por la ficción biográfica

---

<sup>21</sup> P. LEVI, *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 2003, p. 40.

<sup>22</sup> E. SHOWALTER, *Mujeres rebeldes. Una reivindicación de la herencia intelectual feminista*, Madrid, Espasa, 2002, p. 17. [Más apropiado me parece el título en inglés: *Inventing Herself*, New York, 2001.]

<sup>23</sup> P. de MAN, “Autobiography as De-facement”, *Modern Language Notes* 94 (1979), pp. 919-930.

<sup>24</sup> A. CABALLÉ, “Figuras de la autobiografía”, *Revista de Occidente* 74/75, (Madrid 1987), p. 119.

que, en paralelo, ha venido a alentar entre los novelistas la construcción del *relato real*, un tipo de narrativa sustitutiva, en ocasiones, del papel mismo de los historiadores.

Con todo, conviene recordar que fue ya la psicología individual la que antes atrajo a los historiadores –en el pasado decimonónico- y la que antes mereció sus objeciones, también. Todo historiador *tradicional* cree todavía que los instrumentos que posee su oficio (su *modo de entender* la realidad y procesar sus huellas) le concede un *saber*, indefinible pero cierto, acerca de la naturaleza humana, y que ese saber es producto de la observación de la experiencia. La elección biográfica sigue anclándose, a su vez, todavía en esa prospección clásica de la naturaleza humana, revitalizada y vuelta a encontrar. En Dilthey, en cualquier caso, se alberga ya el mecanismo para conectar la introspección –el saber sobre uno mismo- con la conducta de los otros.<sup>25</sup>

Recurrir a la *explicación psicológica* es, de este modo, un recurso de la historiografía historicista, si bien el psicoanálisis la perturbó hondamente, lo mismo para bien que para mal, abriendo ya la caja de Pandora. Nuestros deseos y sentimientos más íntimos se nos ofrecerían, a raíz de ahí, como manifestaciones del todo inestables, reformulaciones que contienen no solo los deseos reprimidos, los miedos y las fobias, sino también una serie de factores sociales, ideológicos y políticos de los que tampoco seríamos conscientes en realidad.

El *Yo* nace de ahí, del cruce de estructuras en perpetuo conflicto, de mecánicas siempre contradictorias. La dificultad de tender puentes entre la psicología individual y la experiencia colectiva no es, por tanto, un problema que haya pasado desapercibido a los historiadores<sup>26</sup>, aunque haya quien resuma este proceso en que “*la mayoría de los esfuerzos para casar la psicología con la historia han acabado en divorcio o directamente en canibalismo*”<sup>27</sup>. A Freud, con todo, le debemos la capacidad que algunos de

---

<sup>25</sup> E. HERNÁNDEZ SANDOICA, “El presente de la historia y la carambola del historicismo”, en E. HERNÁNDEZ SANDOICA y A. LANGA (eds.) *Sobre la historia actual. Entre historia política e historia cultural*, Madrid, Abada, 2005, pp. 287-322.

<sup>26</sup> E. WEISS, “Die Bedeutung der Psychoanalyse in der biographischen Forschung”, en H. RÖCKELEIN (ed.) *Biographie als Geschichte*, Tübingen, Edition Diskord, 1993, pp. 63-88.

<sup>27</sup> K. KENISTON, “Psychological Development and Historical Change”, en Th. K.

nosotros consiguen mostrar para “considerar el material desde el punto de vista psicoanalítico y entonces sacar a la luz relaciones entre hechos que parecían accidentales o a los que previamente no se les había dado la categoría de hechos”<sup>28</sup>.

Cada historia individual viene a ser, de este modo, como sucede en la denominada *microhistoria*, una cadena de respuestas complejas a las provocaciones de la vida social que afrontará el sujeto en el cruce de elecciones diversas, de encrucijadas que se le dan marcadas por un sistema de valores dividido y que nunca alcanza del todo a comprender. Esa escisión informa sus vacilaciones y sus dudas, que enhebran a la vez su relación con los demás. Una *vida* será, de esta manera, “*el uso que cada uno hace de sí mismo*” –como ya decía Ortega– a lo largo del tiempo que le es dado, la suma acumulada de los efectos de sus propias opciones, en marcos bien distintos de libertad y con recursos obviamente dispares<sup>29</sup>.

Frente a una perspectiva como ésta, y sólo en aparente paradoja, se eleva ahora la inspiración directa del vivir cotidiano en la escritura biográfica. La “cotidianeidad” –aquello que antes tanto distaba de parecer *relevante* en el catálogo de nuestros intereses lectores, ya fuesen profesionales o no directamente–, ha ido recuperando también para la biografía, hasta hacerlo bien denso y bien visible, aquello que es común y compartido en nuestras propias vidas, las vidas de “los más”. Estrategias biográficas de variado origen, con técnicas distintas, con factura mixtilínea, circulan hoy con libertad desde las ciencias sociales a la historia, e igualmente al revés. El retroceso del objetivismo y la expansión de la fenomenología, en su lugar, favorecen el cruce constante de corrientes y objetos entre Europa y Estados Unidos.

Por lo demás, las relaciones entre individuo y “sociedad” (el *yo* y los *otros*; la mirada y el *juicio* o valoración de los demás), fueron objeto privilegiado y persistente del existencialismo. Retomando este hilo, la aproximación *existencial* a la biografía –aunque no abunde aún en la

---

RABB y R. I. RÖTBERG (eds.), *The Family in History. Interdisciplinary Essays*, New York, Harper & Row, 1971, p. 141.

<sup>28</sup> A. BESANÇON, “Psychoanalysis: auxiliary science or historical method?”, *Journal of Contemporary History* III/2 (1968), p. 152.

<sup>29</sup> G. LEVI, “Les usages de la biographie”, *Annales. ESC*, 6 (1989), pp. 1325-1336.

biografía política ni en las vidas de descubridores y científicos, las más populares en el ámbito anglosajón-, está consiguiendo últimamente, sin embargo, ser la perspectiva más aplaudida por su carácter innovador y su capacidad significativa. Aspira a organizar la experiencia vivida en torno a ideas-fuerza<sup>30</sup> que hacen, tanto en el relato como en la propia vida, de eje conductor, disponiendo las elecciones y acontecimientos de aquella en torno a focos fijos, permanentes, argumentando sobre “ideales” que ofrecen al lector la oportunidad de reorientar su propia vida haciéndola más rica. Cumplen, puntualmente, con aquel objetivo de “*sacarnos fuera de nosotros mismos mediante la fuerza de la extrañeza*” que reconoce depositado en el subgénero biográfico el influyente filósofo Richard Rorty<sup>31</sup>.

Implicándonos afectivamente, tocando la fibra de los sentimientos, la *subjetividad* no será ya tan solo una especie de escenario interior o de telón de fondo, más o menos discreto, que acoja *lo objetivo* –la *realidad*, en definitiva–, sino que se convierte en una actividad singular de apropiación del mundo y de las cosas, un ejercicio implícito de conocimiento y de su puesta en práctica constante, su construcción ininterrumpida, aunque no seamos conscientes de ella.

A esta situación nueva que ha venido a forjarse en los últimos tiempos, acaso le convendría también aquello que escribió Henry James en 1884, como crítico literario, refiriéndose a Turguénev: “*El propósito profundo que empapaba todos sus trabajos era mostrar la vida misma. El germen de la historia, en su caso, no era nunca un argumento o un tema –eso era lo último en que pensaba–, sino la representación de ciertas personas. Todo se le aparecía por primera vez en forma de un individuo o combinación de individuos, a los que deseaba ver en movimiento, pues estaba seguro de que esa gente debía hacer algo especial o interesante.*”

---

<sup>30</sup> Por ejemplo, en R. MONK, *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*, Barcelona, Anagrama, 1994. En su crítica de este texto (*Genius and the Dutiful Life: Ray Monk's Wittgenstein and the Biography of the Philosophical Sub-Genre*), R. Freedman insiste en que la biografía “de filósofos” constituye en sí misma una variedad especial, que incide metodológicamente en el producto final, conectando directamente el pensamiento del biografiado y el modo de operar del biógrafo). En este caso, insiste en el paralelo entre el segundo Wittgenstein y la propia metodología de Monk.

<sup>31</sup> R. RORTY, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton University Press, 1980, p. 360.

*Estaban ante él, vivaces, definidos, y él deseaba mostrar todo lo que fuera posible de su naturaleza*<sup>32</sup>.

Si una buena parte de la biografía política individual<sup>33</sup>, no obstante, revela hasta qué punto la historia política sigue siendo deudora de la historia de las ideas, no siempre renovada –y que continúa en parte refractaria a “contaminaciones” de politólogos y antropólogos–, es a pesar de todo la influencia directa de la sociología y la antropología sobre la historia, ciertamente, la que ha hecho que las *historias* o *relatos de vida* lleven un tiempo desempeñando dentro de ella un papel fundamental<sup>34</sup>, comprendido en el *método humanista*. La vuelta de la biografía en su conjunto no es ajena, obviamente, a esa situación.

El despliegue de los “estudios de género”, por su parte, ha introducido complejidad en la tarea, no ya tanto porque supone un valor añadido de información y análisis (aunque también), como porque, al tiempo que desvela la vida de un puñado concreto de mujeres, rescatándolas del plano secundario, plantea la pregunta teórica (que es además *política*) de las razones de la opacidad. Además de esto –función esencial del feminismo–, sucede que, en muchas ocasiones, la *conciencia* de la construcción interactiva de la experiencia se hace especialmente explícita en las biografías *de mujeres hechas a su vez por mujeres*: “*La biografía no es una taxonomía en la que la clasificación del ejemplar deba modificarse según lo último que se descubre; es la historia de una vida por otra vida, un proceso durante el cual ambas evolucionan y cambian*”<sup>35</sup>. El carácter intensamente performativo de la escritura biográfica llega a manifestarse,

---

<sup>32</sup> H. JAMES en *The Atlantic Monthly* (enero 1884), citado en I. S. TURGUÉNIEV, *Páginas autobiográficas*, Madrid, Alba, 2000, en la “Introducción” de V. Gallego Ballester, pp. 17-18.

<sup>33</sup> R. HANDOURTZEL, “Sur les trajectoires individuelles dans la vie politique”, en *Problèmes et méthodes de la biographie, Sources* 4-5 (1985), pp. 88-92; C. ARNAUD, “Le retour de la biographie: d’un tabou á l’autre”, *Le Débat* 54 (1989), pp. 40-47.

<sup>34</sup> D. BERTAUX, *Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences*, Beverly Hills, Sage, 1981; M. FERRAROTTI, “Las biografías como instrumento analítico e interpretativo”, en J. M. MARINAS y C. SANTAMARÍA (eds.) *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993, pp. 129-148.

<sup>35</sup> E. LANGER, *Josephine Herbst. The Story She Could Never Tell*, Boston, Little Brown, 1983, p. 13.

en consecuencia, así: “*Si yo no soy la misma persona que hace diez años empezó a escribir sobre Kelley*”, dice una autora que redacta la biografía de alguien que ya no vive, “*¿porqué tenía ella que permanecer inalterable...?*”<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> K. KISH SKLAR, “El relato de una biógrafa rebelde”, *Historia y Fuente Oral* 14 (1995), pp. 168 y 166.